

de la mampara corrida el rumor de un debate. Era la voz de Luis, lastimera como la de un pordiosero debajo de un portal, esforzándose en recabar del duque que se apiadase de su miseria y pidiéndole permiso para tomar algunos cartuchos de oro perdidos en el fondo de un cajón. ¡Oh! qué contestación más enronquecida, más fatigosa, en la cual se traslucía el esfuerzo del enfermo obligado á cambiar de postura en su cama, á desviar sus ojos de una perspectiva ya entrevista.

—Sí, sí, tomadlos... Pero, ¡por Dios! dejadme dormir... dejadme dormir...

Cajones abiertos y vueltos á cerrar, un hipo jadeante y breve... Monpavon no oyó nada más y retrocedió sin pasar el dintel. La feroz rapacidad del criado acababa de despertar su orgullo. Todo antes que envilecerse hasta tal punto.

Aquel sueño que Mora reclamaba con tantas veras, aquel aletargamiento, mejor dicho, duró una noche entera, y tras de una noche una mañana, con vagos despertamientos entreverados de dolores atroces que se calmaban á fuerza de soporíficos. Ya no se le aplicaba medicamento alguno, procurábase tan sólo endulzar sus postreros instantes, allanarle el descenso de aquel terrible escalón final que cuesta tan doloroso esfuerzo. En aquel intervalo Mora había vuelto á abrir los ojos algunas veces, pero ya velados, contemplando en el vacío sombras flotantes, formas indecisas como las que ve oscilar el buzo entre la diafanidad del agua. La tarde del jueves, á cosa de las tres, despertó por completo, y reconociendo á Monpavon, á Cardailhac y á dos ó tres íntimos más, les sonrió y reveló en una palabra su exclusiva preocupación:

—¿Qué se dice de esto por París?

Muchas cosas se decían, diversas y contradictorias; pero á buen seguro que no se hablaba más que de él, y la noticia, divulgada por la ciudad desde la mañana, de que Mora estaba espirando, traía revueltas las calles, los salones, los cafés, los talleres, avivaba la cuestión política en las redacciones de periódico, en los casinos, hasta en las porterías y en los omnibus, en donde quiera que los papeles públicos abiertos anotaban y comentaban aquel repentino rumor.

Porque Mora era la encarnación más brillante del Imperio. Lo que se divisa de lejos en un edificio no es su base, sólida ó bamboleante, no es su masa arquitectónica; es la flecha

dorada y fina, bordada, que recorta el aire, que se agrega allí para recreo de los ojos. Lo que se veía del Imperio en Francia y en Europa entera, era Mora. Caído él, el monumento quedaba desmantelado de toda su esbeltez, rajado como por una larga é irreparable grieta. ¡Y cuántas existencias arrastraba consigo aquella súbita caída, cuántas fortunas sacudidas por el rechazo debilitado del desastre! Ninguna tan por completo como la del hombrón clavado en la antecámara, en el escaño de la monería.

Para el Nabab aquella muerte era su muerte, la ruina, el fin de todo. Tan convencido estaba de ello que al saber, á su entrada en el palacio, el estado desesperado del duque, no había sentido lástima ni la había manifestado; sólo la palabra feroz del egoísmo humano: «Estoy perdido.» Y esa palabra volvía á sus labios sin cesar, y maquinalmente la repetía cada vez que reaparecía en su mente, en bruscas sacudidas, todo el horror de su situación, como acontece en las peligrosas tormentas de la montaña cuando una centella súbitamente proyectada ilumina el abismo hasta el fondo, con las dentelladas anfractuosidades de las paredes y las breñas que trepan por todas las grietas de la sima.

Aquella penetración que acompaña á los cataclismos no le perdonaba ni el más nimio detalle. Veía cuasi segura la anulación, toda vez que Mora no estaría allí para velar por su causa; con ella, las consecuencias del golpe, la quiebra, la miseria y algo peor todavía, porque cuando se desmoronan esas fortunas incalculables llévanse consigo entre los escombros una parte del honor del que las poseyera! Pero ¡qué de zarzales, qué de espinas, qué de rasguños y de crueles heridas antes no llegase el final! Dentro de ocho días los vencimientos Schwalbach, esto es, ochocientos mil francos á pagar; la indemnización á Moëssard quien exigía cien mil ó impetrar de la Cámara la autorización para perseguirle criminalmente; un proceso, más siniestro todavía, incoado por las familias de dos de los infelices mártires de Bethlehem contra los fundadores de la obra, y sobre todo elló, las complicaciones de la *Caja territorial*. Una sola esperanza, la tentativa de Pablo de Géry en la corte del Bey, pero tan vaga, tan quimérica, tan remota...

—¡Ah! estoy perdido... estoy perdido...

Ninguno de los que llenaban el inmenso recibidor había puesto mientes en su turbación. Aquella caterva de senadores, diputados, consejeros de Estado, toda la alta administración, iba, venía en torno de él sin verle, codeando su importancia inquieta y formando misteriosos corrillos junto á las dos chimeneas de mármol blanco que había frente á frente. Eran tantas las ambiciones burladas, engañadas, arrumbadas que se cruzaban en aquella visita in extremis, que cada cual se dejaba dominar exclusivamente por su inquietud íntima.

Cosa rara, los semblantes no denotaban ni compasión ni dolor, antes una especie de cólera. Toda aquella gente parecía cual si echase en cara al duque su muerte, como un abandono. Oíanse frases de este tenor: « ¡ No es extraño, con una vida como la que él llevaba! » Y por las altas ventanas, aquellos caballeros se mostraban por entre el trasiego de los carruajes en el patio el alto de algún pequeño cupé por cuya ventanilla una mano apretadamente enguantada, rozando el borde de la portezuela con el puño de encaje, tendía al lacayo una tarjetilla doblada por uno de los vértices.

De vez en cuando uno de los familiares del palacio, de los que el moribundo había llamado junto á su lecho, aparecía un momento entre aquella confusión, daba una orden y se retiraba en seguida, dejando reflejada en los circunstantes la azorada expresión de su semblante. También Jenkins se dejó ver un momento, desanudada la corbata, desabrochado chaleco, los puños de la camisa ajados, en todo el desorden de la batalla que sostenía arriba con la terrible luchadora. Todo el mundo se precipitó á su encuentro, le abrumó á preguntas. Magnífico modelo el médico irlandés, como otro no hubiese, para los titíes, los cuales, enervados por el insólito tumulto, achataban sus naricitas contra el enrejado de la jaula y miraban atentamente lo que ocurría fuera cual si estuviesen haciendo un profundo estudio de la mueca humana. El dolor del irlandés era magnífico, un soberbio dolor, varonil y fuerte que le apretaba los labios, le hacía jadear el pecho.

—Ha empezado la agonía, dijo lúgubrementemente... Es ya tan sólo cuestión de horas.

Y á Jansoulet que se acercaba le dijo en tono enfático:

—¡ Ah, amigo mío, qué hombre!... ¡ qué valor!... No se

olvida de nadie. Todavía, un momento há, me hablaba de vos.

—¿ De veras?

—« ¿ Y cómo está de su elección el pobre Nabab? me preguntaba. »

Y no pasó de aquí. El duque no había añadido una sola palabra más.

Jansoulet inclinó la cabeza. ¿ Qué más podía esperar? ¿ No era ya lo bastante que un hombre como Mora, en aquellos momentos, se hubiese acordado de él?... Volvió á sentarse en su banqueta, sumióse otra vez en su anonadamiento galvanizado por un minuto de loca esperanza, asistió sin reparar en ello al abandono casi total de la vasta pieza, y no cayó en la cuenta de que era el solo y único visitante, más que al oír á los criados charlar en alta voz á la luz del crepúsculo:

—Yo ya me doy por satisfecho... no quiero servir más.

—Pues yo me quedo con la duquesa...

Cuyos proyectos, cuyas decisiones, faltando como faltaban todavía algunas horas para la muerte, condenaban al noble duque más irremisiblemente aún que la Facultad.

Entonces comprendió el Nabab que era ya llegada la ocasión de retirarse, pero antes quiso inscribirse en la lista del suizo. Llegóse á la mesa; á causa de la poca luz tuvo que llevar materialmente los ojos al papel. La página estaba llena. Indicósele un claro al pié de una firma de un carácter de letra filamentosos y diminuto como la tienen á veces los dedos muy gordos, y así que hubo puesto la suya, se encontró con el nombre de Hemerlingue que dominaba, que aplastaba, que envolvía el suyo por medio de una rúbrica insidiosa. Supersticioso como buen latino, aquel presagio acabó de aterrarle.

¿ Á dónde iría á comer?... ¿ al casino?... ¿ á la plaza Vendôme?... ¿ Aún no había oído hablar bastante de aquella muerte que le obsediaba? Prefirió irse á la ventura, seguir adelante, como todo el que tiene una idea fija la cual confía desvanecer por medio del movimiento. La noche estaba tibia, perfumada. Siguió los muelles, siempre los muelles, llegó á la arboleda de Cours-la-Reine, y volvió á encontrarse otra vez en aquella frescura de riego y olor á polvillo que caracteriza las noches templadas de París. Á aquella hora mixta todo estaba desier-

to. Comenzaban á encenderse los faroles de colores para los conciertos, á surgir por entre el verdor las llamaradas de gas. El ruido de copas y de platos que salía de un restaurant le sugirió la idea de meterse en él.

A pesar de todos los pesares, aquel toro sentía hambre. Sirviéronle en una galería acristalada, cubierta de enredaderas, que daba frente á aquel espacioso pórtico del Palacio de la Industria donde el duque, en presencia de una multitud de gente, le había saludado como diputado. En las tinieblas de las bóvedas apareciósele como en recuerdo el rostro fino y aristocrático, á tiempo que lo veía también allá, más lejos, caído encima de la fúnebre blancura de la almohada; y de pronto, fijando los ojos en la lista que le presentaba el camarero, advirtió con asombro que llevaba la fecha del veinte de mayo... De manera que no cumplía todavía el mes desde la apertura de la Exposición. Parecía á él que habían transcurrido diez años. Poco á poco, sin embargo, el calor de la comida le reanimó el corazón. Por el corredor estaban conversando los camareros.

—¿Qué se sabe de Mora? Parece que está malo de veras.

—¡Quiá! no te apures... Ya verás cómo todavía se sale del paso... Esa gente siempre tienen suerte.

Tiene tan hondas raíces en las entrañas del hombre la esperanza, que, aun con lo que Jansoulet había visto y oído, bastaron aquellas cuatro palabras con ayuda de un par de botellas de Borgoña y unas cuantas copitas para devolverle el ánimo. Al fin y á la postre casos más graves habían acabado en bien. Los médicos suelen exagerar el mal para encarecer el mérito de la cura. «Si fuese á ver...»

Volvió al palacio, lleno de ilusiones, invocando aquella buena sombra que tantas veces en su vida le había servido. Y en verdad que el aspecto de la señorial morada era para robustecer su esperanza. Su fisonomía era la fisonomía tranquila y apacible de las noches ordinarias, desde la avenida alumbrada á trechos, majestuosa y desierta, hasta el portal á cuyo pié aguardaba una gran carroza de forma antigua.

En la antecámara, no menos quieta, ardían dos enormes lámparas. En un ángulo estaba durmiendo un lacayo, el suizo leía junto á la chimenea. Miró al recién venido por encima de los anteojos, no le dijo palabra, y Jansoulet no se atre-

vió á preguntarle cosa alguna. Encima de la mesa había una porción de números de periódicos con el nombre del duque escrito en las fajas, que parecían como tirados allí por inútiles. El Nabab abrió uno, probó á leerlo; pero un paso rápido y resbaladizo, un susurro de melopea le hicieron alzar los ojos hacia un anciano blanco y encorvado, cubierto de blondas como un altar, que se iba á grandes pasos rogando, y arrastrando por la alfombra la lengua cola de su sotana encarnada. Era el arzobispo de París acompañado de dos asistentes. La visión, con su murmullo de cjerzo helado, cruzó rápidamente por delante de Jansoulet, se hundió en la gran carroza y desapareció llevándose la postrimera esperanza.

—Hay que cubrir las apariencias, querido, dijo Monpavon surgiendo de pronto á su vista... Mora es un gran epicúreo, educado en las ideas del buen siglo, del siglo pasado... Pero las masas... si un hombre en su posición... ps, ps, ps... ¡Ah! es maestro consumado... ps... ps... La última palabra del buen tono.

—¿De modo, pues, que se acabó? dijo Jansoulet, aterrado... Ya no queda esperanza...

Monpavon le hizo seña de que escuchase. Oíase el sordo rodar de un carruaje por la calzada del muelle. El timbre de llegada sonó precipitadamente una porción de veces consecutivas. El marqués contaba en alta voz... «Uno, dos, tres, cuatro...» Al quinto se puso en pié:

—Ahora sí que no hay esperanza. «Ahí viene el otro,» dijo aludiendo á la superstición parisiense que consideraba fatal á los moribundos aquella visita del soberano. Los lacayos acudían velozmente de todos lados, abrían las puertas de par en par, poníanse en fila, á tiempo que el suizo, tieso, calado el sombrero, anunciaba con el golpe de la alabarda en las baldosas el paso de dos sombras augustas que Jansoulet no pudo más que entrever confusamente por entre la servidumbre, pero que vió luégo en una larga perspectiva de puertas abiertas subiendo la escalera de honor, precedidos de un criado que llevaba un candelabro. La mujer subía erguida y suelta, arrebujada en su negra mantilla de española; el caballero, cogido de la barandilla, poco á poco y fatigado, y con el cuello de su sobretodo claro tieso encima de sus espaldas un poco encorvadas y que agitaba un resuello convulsivo.

—Vámonos, Nabab. Ya no queda nada que hacer aquí, dijo el viejo pisaverde cogiéndose del brazo del Nabab y arrastrándole á fuera.

Detúvose en el dintel, alzó la mano y con la punta de los guantes dirigió un saludo al que estaba muriéndose allá arriba: «Adiós, que...» El ademán y el acento eran irreprochables, pero la voz temblaba un poco.

Rara vez había presenciado el casino de la calle Real, á pesar del renombre de sus partidas, una tan terrible como la que se jugó aquella noche. Comenzada á las once, á las cinco de la mañana duraba todavía. Rodaron sumas enormes por el tapete verde, cambiando de mano y de dirección, amontonadas, dispersadas, vueltas á recobrar; fortunas colosales quedaron engullidas por aquella partida monstruo, á cuya terminación, Jansoulet, que la había promovido para ahogar sus terrores en los albures de la suerte, tras singulares alternativas, copos de banca capaces de hacer perder la chaveta á un neófito, se retiró con una ganancia de quinientos mil francos. El día siguiente por el bulevar se subían ya á cinco millones, y todo el mundo hacía aspavientos, en especial el *Mensajero* que llenaba tres columnas con un artículo contra ciertos aventureros tolerados en los casinos y que son la ruina de las familias más respetables.

¡Ay! lo que Jansoulet había ganado representaba apenas los primeros pagarés de Schwalbach...

Durante aquella encarnizada partida no se pronunció una sola vez el nombre de Mora, á pesar de ser éste la causa involuntaria y como el alma de la misma. Ni Cardailhac ni Jenkins asomaron por allí. Monpavon se había metido en cama más afectado de lo que aparentaba. No había noticias. «¿Habrá muerto ya?» dijo entre sí Jansoulet al salir del casino, y le entró la comezón de dar una vuelta por allí antes de retirar. No era ya esperanza lo que le impelía, era esa especie de curiosidad nerviosa y enfermiza que después de un incendio arrastra á ver de nuevo los escombros de su vivienda, á los infelices que han sido víctimas de él y han quedado arruinados y sin asilo.

Aunque era todavía muy temprano, flotando en el aire las

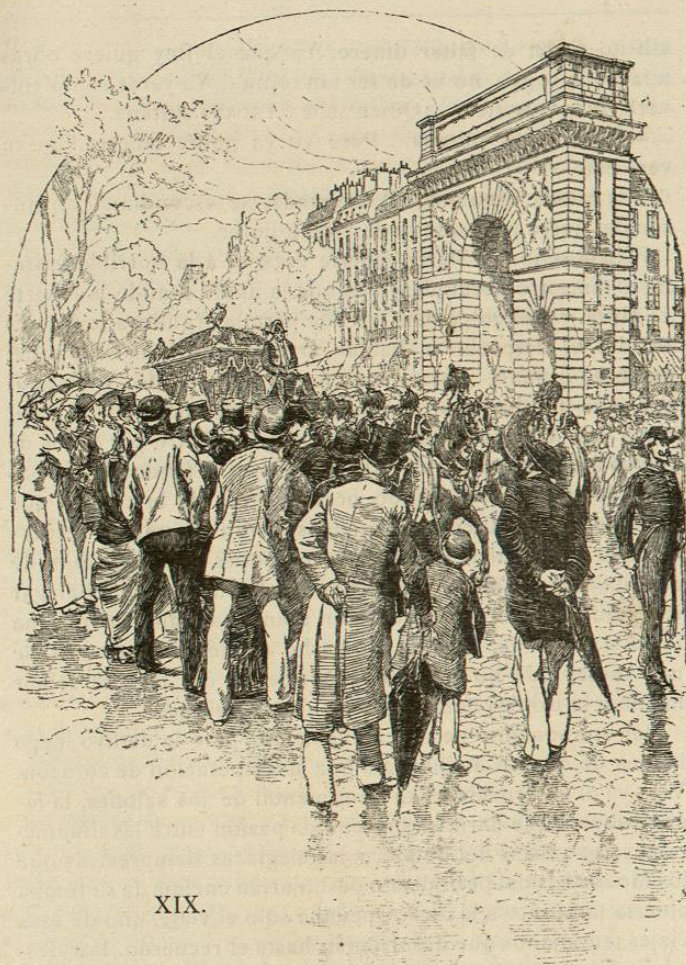
espesas gotas del rocío matutinal, el palacio aparecía abierto de par en par como para una marcha solemne. Humeaban todavía las lámparas en las chimeneas, flotaba por la atmósfera una especie de polvo. El Nabab avanzó por aquella inexplicable soledad de abandono hasta el primer piso donde oyó por fin una voz conocida, la de Cardailhac, que dictaba nombres, y el rechino de las plumas por el papel. El hábil director de escena de las fiestas del Bey organizaba con igual ardor las pompas fúnebres del duque de Mora. ¡Cuánta actividad! La Excelencia había muerto á las primeras horas de la noche, y al apuntar el día había ya impresas diez mil invitaciones, y cuantos en la casa sabían manejar una pluma se ocupaban en llenar los sobres. Sin atravesar aquellas oficinas improvisadas, Jansoulet se dirigió al salón de espera por lo común tan poblado y sin alma viviente aquel día. En el centro, encima de una mesa, el sombrero, el bastón y los guantes del duque á punto siempre para las salidas imprevistas, de suerte que hasta el trabajo de dar una orden le ahorrasen. Los objetos que acostumbramos usar conservan siempre algo de nosotros. La curva del sombrero recordaba la del bigote, los guantes claros parecía como que iban á coger la caña china flexible y fuerte, todo, en una palabra, palpitaba y vivía, como si en aquel momento hubiese de presentarse el duque, estrechar la mano hablando, tomar todo aquello y salir.

¡Ah! no, el duque no iba á salir... Jansoulet no tuvo que hacer más que acercarse á la puerta entreabierta de la cámara para ver tendida en el lecho de triple grada—hasta después de la muerte el estrado—una forma rígida, altanera, un perfil inmóvil y envejecido, transformado por la barba que en una noche se había vuelto completamente gris; junto á la cabecera en declive, arrodillada, desplomada encima de los blancos lienzo, una mujer cuyos cabellos rubios fluían en desorden, próximos á caer al filo de las tijeras de una eterna viudez, y con ella un sacerdote y una monja, recogidos en aquella atmósfera de la vela mortuoria en la cual se mezclan la fatiga de las noches en claro y el bisbiseo y los murmullos de la oración y de la sombra.

Aquella estancia en la cual habían sentido crecer sus alas tantas ambiciones, donde hirvieron tantas decepciones y tan-

tas esperanzas, aparecía entregada á la quietud que á su paso deja la muerte. Ni un ruido, ni un suspiro. Únicamente, á pesar de lo temprano de la hora, allá en lontananza, por la parte del puente de la Concordia, un pequeño clarinete áspero y vibrante dominaba el ruido de los primeros carruajes; pero su enervante burlería ya no había de martirizar más á aquel que dormía allí mostrando al aterrorizado Nabab la imagen de su propio destino, enfriado, descolorido, dispuesto para la tumba.

Otros la vieron, aquella estancia mortuoria, más lúgubre todavía de lo que la vió el Nabab. Las holgadas ventanas abiertas de par en par. La oscuridad y el aire del jardín colándose por ellas en una gran corriente de aire. Una forma encima de un tablado: el cuerpo que acababan de embalsamar. La cabeza hueca, llenada con una esponja; el cerebro en una cubeta. El peso de aquel cerebro de hombre de Estado era verdaderamente extraordinario. Pesaba... pesaba... Los periódicos de aquel tiempo publicaron la cifra. ¿Pero quién va á acordarse de ella en la actualidad?



XIX.

LAS EXEQUIAS.

No llores, hada mía, que me descorazonas. Ya verás cómo vas á estar mucho mejor una vez libre de tu tremendo diablillo... Te vuelves á Fontainebleau á cuidar de tus gallinas... Los diez mil francos de Brahim servirán para tu instalación... Después, pierde cuidado, que una vez esté yo